

EL PATRONATO NACIONAL

Dada la oportunidad del tema y el acierto con que el autor lo desenvuelve, hemos creído que será del agrado de nuestros lectores poder apreciar este trabajo, publicado en la revista *Ichthys*, del Centro de Estudios Religiosos de esta Capital, lo cual contribuirá sin duda a orientar el criterio de los católicos en esta cuestión.

LA REDACCIÓN.

I

ESTADO DE LA CUESTION

El incidente diplomático surgido hace poco entre la Santa Sede y el Gobierno Argentino ha dado lugar a que se renueve la antigua controversia sobre la existencia y atribuciones del Patronato Nacional.

Bien es verdad que la Santa Sede no ha discutido, en las presentes circunstancias, dicho Patronato. Ni siquiera lo ha mencionado. Ha prescindido completamente de la *cuestión de derecho*, y se ha limitado a contemplar los hechos, con el mismo criterio a que se hubiese ajustado en España, en Colombia o en cualquier otra nación que gozase de Patronato indiscutible, apoyado en pactos bilaterales, confirmados por la Santa Sede en solemnes concordatos.

Pero el Gobierno Argentino no ha prescindido de la *cuestión de derecho*. Antes al contrario ha invocado constantemente su derecho de Patronato, y se ha presentado ante el pueblo como un defensor de la soberanía nacional, y casi como una víctima inocente de la ambición pontificia.

La prensa ha discutido larga y destempladamente el mismo derecho, con rarísimas excepciones.

Los ciudadanos particulares han convertido el Patronato en comidilla de sus tertulias.

No estará, pues, de más que abordemos serena y brevemente dicho asunto, con la imparcialidad del espectador pasivo, que no tiene comprometido ningún interés personal en la controversia.

II

ENUMERACION DE LOS ARGUMENTOS QUE ALEGAN LOS DEFENSORES
DEL PATRONATO NACIONAL

Se pueden reducir a ocho los argumentos que aducen los defensores del Patronato Argentino:

1.º La Argentina ha heredado el Patronato de que gozaban los Reyes de España;

2.º El Papa ha reconocido de hecho la existencia del Patronato, porque suele nombrar casi siempre a los clérigos que presenta el Gobierno Argentino;

3.º El derecho de Patronato está expresamente consignado en la Constitución, que es intangible y sagrada;

4.º Los señores Obispos, antes de tomar posesión de sus diócesis, juran ante el Gobierno respetar la Constitución y el Patronato, y no lo harían, si éste no existiese;

5.º El Estado Argentino sostiene a la Iglesia con el presupuesto de Culto, y es justo que nombre a los funcionarios que él sostiene;

6.º El Patronato es un atributo inseparable de la soberanía nacional, y todo Gobierno lo tiene por derecho propio, sin necesidad de que se lo conceda ni reconozca el Papa;

7.º Por lo menos, no se puede negar que los Gobiernos Católicos son Patronos natos de la Iglesia Católica;

8.º Varios doctos clérigos han defendido, entre nosotros, la existencia del Patronato Nacional.

Vamos a examinar uno por uno estos argumentos en los párrafos siguientes.

Las fuentes principales que citaremos en esta lección serán:

Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires. Publicación oficial, tomo VI, año 1906, páginas 557-573, 643-662 y 734-751, bajo el título *Del Patronato*;

Doctrina y Ejercicio del Patronato Nacional. Obra laureada con un premio especial por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, por FAUSTINO J. LEGÓN, doctor en Jurisprudencia.—Buenos Aires, 1920.

III

LA REPUBLICA ARGENTINA NO HA HEREDADO DE ESPAÑA EL PATRONATO

Los Reyes de España pidieron al Papa el Patronato de las iglesias que se fundasen en las Indias Occidentales. El Patronato que pedían consistía en que les concediese la *presentación* de todos los beneficios eclesiásticos, incluso los episcopales.

El Papa Alejandro VI se lo concedió, fundándose en la profunda religiosidad y celo por la fe que distinguía a los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, e imponiéndoles como obligación, *en virtud de santa obediencia*, la propagación de la fe.

He aquí algunas de las frases del Pontífice: «*Conociéndoos como verdaderos reyes católicos... según lo demuestran vuestras hazañas... la sinceridad de la gran devoción y la entera fe con que nos reverenciáis, y a la Santa Madre Iglesia Romana, merecen... que concedamos*»... (1)

El precepto de santa obediencia se lo ponía con estas palabras: «*Os mandamos en virtud de santa obediencia (como nos prometéis, y no dudamos haréis, según vuestra gran devoción y real magnanimidad) que destinéis y enviéis a las tierras firmes e islas expresadas, varones virtuosos, temerosos de Dios, doctos y expertos, para que instruyan en la fe católica y buenas costumbres a los habitantes referidos, encargándoles que a ello apliquen el debido cuidado*». (2)

Ciertamente que aquellos Reyes no defraudaron en esta parte el compromiso contraído con el Papa. Es conmovedora la súplica que dirige Isabel la Católica a su esposo y a su hija Doña Juana en favor de los indios, en aquel párrafo que comienza: «*Suplico al rey mi señor muy afectuosamente, y encargo y mando a la princesa mi hija, etc.*». Pero vienen más derechamente a nuestro intento estas otras palabras de aquella augusta Madre de América: «*Cuando nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las islas y tierra firme del mar océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fué, al tiempo que lo suplicamos al Papa Alejandro VI, de buena memoria, que nos hizo dicha concesión, de procurar inducir y traer los pueblos de ellas y los convertir a nuestra santa fe católica, y enviar a las dichas islas y tierra firme prelados y religiosos, clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir los vecinos y mo-*

(1) Legón, 1. c., pág. 588.

(2) Legón, 1. c., pág. 181.

radores de ellas a la fe católica, y los doctrinar y enseñar buenas costumbres». (1)

Como en las bulas de Alejandro VI no estaba expresado con suficiente claridad el Patronato, Don Fernando escribió a Francisco de Rojas, su embajador en Roma, que hiciese diligencias para que «*Su Santidad conceda el dicho Patronazgo de todo ello a mí y a los reyes que en estos reynos de Castilla e de León suscedieren.*» (2)

El Papa Julio II, concedió expresamente dicho *Patronazgo* a los reyes Fernando y Doña Juana, su hija, el año 1508, señalando expresamente el sujeto en quien perpetuamente había de residir dicho Patronato, con estas palabras: «*Nos, atendiendo... a la gran instancia que sobre esto nos han hecho y hacen con el debido respeto los referidos reyes... concedemos a los dichos reyes Fernando y Juana, y a los que en adelante lo fueren de Castilla y León,... el derecho de Patronato y de presentar personas idóneas para las dichas iglesias... y para otras cualesquiera, etc.*» (3)

Están, pues, bien definidos en el momento mismo de la fundación del Patronato Indiano estos tres puntos: 1.º la causa por la cual se concede a los beneméritos y religiosísimos reyes católicos; 2.º las obligaciones que, en compensación, se les imponen a los mismos reyes; y 3.º el *sujeto perpetuo* del Patronato, que no puede ser otro que los reyes de Castilla y León.

El último arreglo del derecho de Patronato, que todavía está vigente en España, se hizo el año 1753, (es decir, 57 años antes del Primer Gobierno Patrio, y 63 años antes de la proclamación de la independencia en Tucumán), por medio de un Concordato entre el Papa Benedicto XIV y el Rey Fernando VI.

En este contrato bilateral, se deja bien señalado de nuevo el sujeto del Patronato, con estas palabras: «*Damos y concedemos al expresado, nuestro muy amado hijo en Cristo, Fernando, Rey, y al Rey Católico de las Españas que por tiempo fuese, el derecho, etc.*» (4)

Como en el documento de fundación y en el mencionado contrato bilateral se señala el sujeto perpetuo del Patronato, no hubiera podido el Rey de España, aunque lo hubiera querido, transmitirlo a otra persona que no fuese un simple delegado suyo que lo ejercitase en su nombre y por su mandato. Se necesitaría para ello el consentimiento

(1) *Legón*, 1, c., pág. 178.

(2) *Legón*, 1, c., pág. 184, nota.

(3) *Legón*, 1, c., pág. 184.

(4) *Rev. Ecl. del Arzobispado de Buenos Aires*, año 1906, pág. 648.

de la otra parte contratante del Concordato, y, más aún, del autor del privilegio eclesiástico.

Por eso, cuando en España se proclamó la República, ninguno de los presidentes de la República Española pudo ejercer el Patronato en la misma España; porque no eran «*el rey de Castilla y León*» ni «*el Rey Católico de las Españas*».

Es más: cuando los reyes de Francia se apoderaron del Rosellón, que era la quinta provincia catalana y está todavía en poder de Francia, pretendieron, después del Tratado de Paz de los Pirineos, ejercer en el Rosellón el Patronato de que gozaban los reyes de España; pero ni el omnipotente Luis XIV ni sus sucesores pudieron heredar dicho Patronato, a pesar de tener Patronato legítimo en otras partes de su reino; porque no eran las personas designadas en la fundación del mismo, y porque la fuerza y el derecho de guerra no son títulos legítimos para adquirir privilegios eclesiásticos. (1)

Es pues soberanamente ridícula la teoría de que los presidentes de las repúblicas americanas han heredado de España el Patronato, aunque lo hayan defendido algunos escritores argentinos ultrarregalistas, y hasta el mismo *Montes de Oca*, por estas palabras: «*Existe el derecho de Patronato, porque los Papas de MOTU PROPRIO lo concedieron a los reyes de España, de quienes lo han heredado todas las naciones de Sud América*». (2)

¿Quién puede decir, sin reírse, que el doctor Alvear es «*el Rey de Castilla y León*» o que es «*el Rey Católico de las Españas?*» ¿Concurren siquiera en los señores presidentes de las repúblicas americanas las razones por las cuales Alejandro VI y Julio II concedieron el Patronato? ¿Cumplen dichos señores presidentes las condiciones que en virtud de santa obediencia se les impusieron a aquéllos?

Más sensato fué *Balcarce*, que, el 31 de enero de 1831, suscribió, como gobernador de Buenos Aires, un decreto en que decía: «*Esta provincia no tiene títulos especiales que favorecían a los reyes de España relativamente al patronazgo que ejercían en las Américas*»; y añadía luego la razón legal, por la cual no podían heredar el Patronato: «*La ley 1, título VI, libro I de las Recopilaciones de Indias declara que dicho patronazgo es inajenable, de modo que no puede salir en todo ni en parte de la Corona de España*». (3)

(1) *Rev. Ecl. del Arzobispado de Buenos Aires*, año 1906, pág. 649.

(2) *Rev. Ecl. del Arzobispado*, 1, c., pág. 659.

(3) *Legón*, 1, c., pág. 260.

En 1834, el doctor *Gari*, uno de los juristas a quienes el gobernador Viamonte pidió informe sobre los famosos 14 puntos de derecho público eclesiástico (que nunca fueron adoptados por el Gobierno, aunque de buena o mala fe digan algunos lo contrario) (1) escribía así: «Nuestros gobiernos provinciales, aún después de constituida la república... no pueden, sin que preceda con la Silla Apostólica un advenimiento y concordato especial, ejercer el Patronato en el modo y forma que lo acordaban las leyes españolas a sus reyes». Y luego dice del Patronato español: «Este era personalísimo a los reyes, no lo podían enajenar y lo miraban como la joya más preciosa de su corona». (2)

Lo mismo opinaban el camarista *Felipe Arana*, el doctor *Silveyra*, el teólogo *Buenaventura Hidalgo*, el ilustre prócer *Tomás Manuel de Anchorena*, y, entre otros, el más preclaro jurista que ha tenido la Argentina, el doctor *Vélez Sársfield*, que proclama la necesidad de un concordato con el Soberano Pontífice, diciendo: «Este derecho de Patronato no es una cosa determinada ni esencial en la constitución de los gobiernos; tal vez por el bien mismo de las iglesias ha debido no darse curso a su creación... Parece indispensable negociar la acquiescencia del Soberano a cuyas facultades tiene una referencia necesaria». (3)

Los informes de tan eminentes juristas lograron que se archivaran las 14 proposiciones, a pesar del regalismo agudo de algunos de los consultados.

Concluyamos con el distinguido constitucionalista argentino, José Manuel Estrada: «El derecho de Patronato... no era de derecho común, sino un privilegio excepcional, voluntariamente otorgado, y por consiguiente intransferible sin el consentimiento expreso del poder pontificio que lo constituyó». (4)

IV

EL PAPA NO HA RECONOCIDO NUNCA LA EXISTENCIA DEL PATRONATO

Hasta ahora todos los Obispos argentinos, sin excepción, han sido nombrados por el Papa «*motu proprio*», es decir, «por iniciativa pro-

(1) *Legón*, 1. c., pág. 280.

(2) *Legón*, 1. c., págs. 269-270.

(3) *Rev. Ecl. del Arzobisp.*, 1. c., pág. 654.

(4) *Rev. Ecl. del Arzobisp.*, 1. c., pág. 659.

pia», sin mencionar el hecho de la presentación ilegítima que suele hacer el Gobierno.

Este solo hecho es una protesta continua del Papa contra la usurpación ilegal del Patronato por parte de la Argentina; porque el Papa, respetuoso de todos los derechos, suele nombrarlos siempre que existen.

Pero además muchas veces ha declarado expresamente el Jefe de la Iglesia, que no reconoce el Patronato Argentino; porque se lo han tomado por la fuerza, sin arreglo previo con la Cabeza de la Iglesia.

Entonces, ¿cómo se explica que el Papa nombre de ordinario a los mismos clérigos que le presenta el Gobierno? Tal conducta ¿no revela que reconoce de hecho el Patronato?

De ninguna manera. El Papa, deseoso de que no queden sin Obispos los católicos argentinos, suele nombrar al mismo que presenta el Gobierno, si le parece idóneo. Solamente han sido rechazados hasta ahora, como no idóneos, el Pbro. Pera, que después abandonó el sacerdocio para contraer matrimonio civil, y algún otro raro candidato.

Pero esto no prueba que el Gobierno tenga derecho; sino solamente que, de ordinario, presenta personas idóneas, y que el Papa, a fin de evitar daños y trastornos a los católicos argentinos, los nombra «*motu proprio*», dejando a salvo la *cuestión de derecho*.

V

SEMEJANZA ENTRE LAS RELACIONES DEL PAPA CON LA ARGENTINA, Y LAS RELACIONES DE LA ARGENTINA CON INGLATERRA

El día 2 de enero de 1833, se presentó delante del Puerto Soledad de las Islas Malvinas la corbeta de guerra británica *Clío*, y se encontró allí con el buque de guerra argentino *Sarandí*, que estaba a las órdenes del gobernador argentino de las Islas Malvinas. (1)

El comandante inglés comunicó al comandante argentino que venía con el fin de tomar posesión de las Islas Malvinas en nombre del Gobierno Inglés; y que por consiguiente le ordenaba que hiciese abatir la bandera argentina en aquellas tierras, en el término de 24 horas, y que evacuasen la isla los súbditos de la República Argentina y su guarnición militar.

(1) Véase la relación amplia de este hecho en la *Geografía de la Argentina*, por el Dr. Juan G. Beltrán, Buenos Aires, 1917, págs. 28-40; en el opúsculo titulado *¿Son argentinas las Islas Malvinas?*, Buenos Aires, 1918; y en la obra de Paul Groussac, *Les isles Malouines*.

El comandante del buque de guerra argentino se negó a obedecer; protestó contra la flagrante violación de los derechos de la República Argentina, y prohibió a los habitantes de la isla que bajasen la bandera argentina que ondeaba en la comandancia.

A la mañana siguiente, el comandante inglés desembarcó un cuerpo de tropas, y la débil guarnición argentina tuvo que ceder a la fuerza.

Todos los argentinos fueron arrojados de la isla; la bandera argentina fué bajada a tierra, y la bandera inglesa fué izada en su lugar, sin que haya vuelto a ser arriada hasta el día de hoy.

El Gobierno Argentino protestó enérgicamente contra este atropello; pero el Gobierno Inglés contestó que su acto era definitivo, añadiendo: «*el Gobierno de Su Majestad Británica comunica esta medida al Sr. Moreno, al mismo tiempo que su determinación de no permitir ninguna infracción a los derechos incontestables de la Gran Bretaña sobre las islas Falkland.*» (Comunicación de lord Aberdeen, 5 de marzo de 1842).

Esto era amenazar con la guerra. La Argentina no estaba en disposición de hacer la guerra a Inglaterra, y se contentó con protestar, declarando que «*las Provincias Unidas no pueden ni podrán jamás conformarse con la resolución del Gobierno de Su Majestad Británica.*» (Comunicación del ministro Moreno, 10 de marzo de 1842).

Desde entonces, la Argentina protesta cada 10 años contra la ocupación de una parte del territorio nacional; pero Inglaterra ni siquiera contesta a las protestas.

Sin embargo, la Argentina mantiene relaciones cordialísimas con Inglaterra; es muy agasajado el ministro inglés en Buenos Aires; hasta se nombró al Rey de Inglaterra árbitro para decidir la cuestión de límites con Chile.

¿Es esto un reconocimiento del derecho de Inglaterra? No. Es solamente la demostración de que no nos conviene una guerra con Inglaterra.

Pues lo mismo pasa con el Papa.

La Argentina invadió la jurisdicción del Jefe de la Iglesia Católica, tomando para sí, sin permiso de ella, el derecho de Patronato en la presentación de Obispos; ha desoído todas las protestas; no está dispuesta ni a discutir siquiera su pretendido derecho de Patronato, como no está dispuesta Inglaterra a discutir la cuestión de las Malvinas.

Sin embargo el Papa mantiene relaciones amistosas con el Gobierno Argentino.

¿Es esto un reconocimiento del derecho del Gobierno Argentino? No. Es solamente la demostración de que no le parece conveniente al Papa el estado de guerra con el Gobierno Argentino.

VI

EL HECHO DE CONSTAR EL PATRONATO EN LA CONSTITUCION NO PRUEBA QUE EXISTA DE DERECHO

Otra razón alegada por el Dr. Montes de Oca en favor del Patronato es ésta: «*Existe, porque está establecido en la Constitución nacional*». (1)

Este argumento es anticientífico y despótico. No basta escribir una cosa en la Constitución, para que por el mismo hecho sea razonable y justa. La Constitución es perfeccionable y mudable. La Argentina ha hecho y deshecho varias Constituciones, porque le parecían malas.

Supongamos que basta escribir una cosa en la Constitución para que sea justa. Si un día los yanquis creyeran conveniente apoderarse de Bahía Blanca o de algún otro puerto argentino, para tener un punto de escala en el hemisferio Sur, podrían escribir en su Constitución que Bahía Blanca era yanqui, y enviar luego su flota de guerra al nuevo territorio nacional, para ocuparlo con toda justicia, y fortificarse en él con poderosas baterías.

Si llegásemos a preguntarles con qué derecho lo hacían, nos responderían con el Dr. Montes de Oca: «*Existe, porque está establecido en la Constitución nacional*».

¿Acaso las Constituciones de las demás naciones no son tan sagradas como la de la Argentina?

Pero ¿adónde vamos a parar con este bárbaro principio?

VII

EL JURAMENTO QUE PRESTAN LOS OBISPOS ANTE EL GOBIERNO NO PRUEBA LA EXISTENCIA DEL PATRONATO

El Ilmo. señor Escalada, antes de tomar posesión del obispado de Buenos Aires, manifestó al Gobierno que, en cuanto al juramento constitucional, «*sólo podría prestarlo en aquellas cosas que de ningún modo se oponen a las leyes de Dios y de la Iglesia*». (2)

Después de muchas disposiciones, se le concedió el pase, y el Go-

(1) *Rev. Ecl. del Arzobisp.*, 1. c., págs. 562 y 661.

(2) *Legón*, 1. c., pág. 507.

bierno le permitió que prestase el juramento con la cláusula «*en todas aquellas cosas que de ningún modo se opongan a las leyes de Dios y de la Iglesia*». (1)

Todos los Obispos siguientes juran con una cláusula equivalente. La que copia el doctor Legón, tomándola del Libro de Juramentos de la Escribanía general de gobierno, es ésta: «*quedando salvas las leyes de Dios y de la Iglesia*». (2)

Esto supuesto, el juramento prestado en tal forma, lejos de ser una prueba en favor del Patronato, es un argumento en contra de él.

Porque, como no existe el Patronato según las leyes de la Iglesia, los Obispos renuevan implícitamente su protesta contra él, por el mero hecho de añadir la salvedad mencionada.

VIII

EL PRESUPUESTO DE CULTO NO PRUEBA LA EXISTENCIA DEL PATRONATO

El doctor Joaquín V. González, en su *Manual de la Constitución Argentina*, funda el Patronato en el sostenimiento del culto, con estas palabras: «*El Gobierno Federal, como que sostiene el culto católico apostólico romano tiene sobre su régimen y administración un conjunto de derechos especiales, que constituyen el Patronato nacional*». (3)

Examinemos por partes el engañoso argumento.

En primer lugar no hay que exagerar. El Gobierno Federal no sostiene el culto católico, aunque, por la Constitución, tiene obligación de sostenerlo.

Sostiene una parte mínima del culto, y aun ésa muy modestamente. Tan modestamente que, hasta el hipócrita que ataca a la Iglesia en las columnas de *La Prensa* bajo la máscara de «un católico militante», hace esta confesión, que causa extrañeza en su pluma: «*Las pérdidas que le ocasionaría la separación a la Iglesia son sencillamente irrisorias, porque, salvo los contados sueldos de obispos y vicarios, los demás, por lo poco y mal rentados, pues no están equiparados ni al salario mínimo, no cabe ni tenerlos en cuenta... Creer entonces que se perjudicará a la Iglesia separándola, es de una ingenuidad pueril*». (La Prensa, 31 Octubre 1924).

(1) Legón, l. c., pág. 507 y 508.

(2) Legón, l. c., pág. 356 y 357.

(3) GONZÁLEZ JOAQUÍN V., *Manual de la Constitución Argentina*, ed. 10.^a, pág. 145.

Debiera añadir ese escritor que el Estado no paga un centavo a los párrocos ni a los tenientes y capellanes parroquiales, ni a los misioneros, ni, en una palabra, al 95 por ciento de los sacerdotes e iglesias de la República.

Debiera agregar también que, hasta «*los contados sueldos de obispos y vicarios*» son de una parquedad inverosímil, que hace poco honor a las promesas de la Constitución argentina y a la proverbial munificencia del pueblo argentino.

Para convencerse de ello, basta consultar en la Biblioteca del Congreso el libro titulado *Ley de Presupuesto General de la República Argentina para el ejercicio de 1923-24*.

De él sacamos las cifras que citamos a continuación:

El Arzobispo de Buenos Aires, el jefe más alto de la Iglesia Argentina, recibe 600 pesos menos que cada uno de los 32 jueces inferiores de esta ciudad.

El Deán del Cabildo de Buenos Aires recibe exactamente el mismo sueldo que el maestro zapatero de la Penitenciaría.

Los Canónigos que no tienen anexa alguna dignidad reciben 10 pesos menos que los 22 ordenanzas del Congreso.

El Obispo de la Plata cobra 100 pesos menos que el Ujier de la Corte Suprema, y 1500 pesos menos que cada uno de los tres vocales de la Cámara de Apelaciones de La Plata.

El Obispo Auxiliar de La Plata percibe 350 pesos mensuales, es decir 850 pesos menos que cada uno de los secretarios de la Cámara de Apelaciones de la misma ciudad.

El decano de los Obispos argentinos, que es el de Santa Fe, cobra el mismo sueldo que percibe en el Ministerio de Agricultura el Jefe de la Comisión de la Garrapata.

El Rector del Seminario de Buenos Aires recibe 200 pesos, es decir 100 pesos menos que el auxiliar del secretario del Jefe de la Penitenciaría. En cambio la Rectora del Liceo de Señoritas cobra 800 pesos mensuales, y la señorita vicerrectora percibe el mismo sueldo que el decano del Episcopado Argentino, Monseñor Boneo.

Estos son los sueldos máximos de la Iglesia Argentina; ¿qué serán los mínimos?

Pero no se olvide que el 95 por ciento del Clero no recibe un centavo del Presupuesto.

¿Cumple la Argentina con el precepto constitucional de sostener a la Iglesia? ¿Puede fundar en tan ridícula base su Patronato, defendido a capa y espada con celo digno de mejor causa?

Pero estaríamos los católicos agradecidísimos al Estado por su largueza, si el sostenimiento del culto fuera un regalo, y no una mínima restitución de lo mucho que ha usurpado a la Iglesia, como lo demostraremos en el párrafo siguiente.

Aunque, hasta en el caso de que fuera un regalo, y un regalo espléndido, no se podría fundar sobre él, según las reglas de Derecho Canónico, el privilegio del Patronato, mientras no lo concediese expresamente la Iglesia.

Un Estado que reconoce la divinidad de la Iglesia, y ve en ella una fuente de moralidad, paz y bienestar para el pueblo, debe ayudar al sostenimiento de ella, por dos títulos: a saber, por amor al bien público que promueve la Iglesia, y por gratitud a los beneficios que de ella recibe.

Pero de aquí no se sigue que la Iglesia necesariamente le ha de conceder el privilegio de intervenir en el nombramiento de sus propias autoridades, como no se lo concedió al emperador Constantino, que fué generosísimo con ella, levantando numerosas y espléndidas basílicas en todos los ámbitos del imperio romano. El Patronato es un privilegio de orden espiritual, que la Iglesia concede cuando las circunstancias le aconsejan que es conveniente para el mayor bien de los fieles.

Hay que pedírselo a ella, y no tomárselo en son de conquista, arrojándole, como pretexto, unos huesitos mondos del presupuesto.

Y aún esos huesitos se los envía rociados con las injurias que se pronuncian todos los años en el Congreso contra la Iglesia, al discutirse el miserable presupuesto de culto.

¡No hay derecho!

IX

EL PRESUPUESTO DE CULTO ES REAL Y LEGALMENTE UNA RESTITUCION

Los informes que presentaron en 1834 al gobernador Viamonte los juristas *Tomás Manuel de Anchorena* y *Baldomero García*, sobre la tercera de las 14 proposiciones de derecho público eclesiástico, advertían muy justamente que el sostenimiento de las iglesias no daba al Gobierno derecho de Patronato, porque era debido por otro título legal. El Gobierno, como decía agudamente García, «*percibe los diezmos que son de la Iglesia, o las contribuciones que en su lugar sustituyó: y a la verdad que no es un mantenimiento obligatorio el que da derecho al Patronato*». (1)

(1) *Lagón*, 1. c., pág. 273.

En efecto, la *ley de reforma general en el orden eclesiástico*, dictada en Diciembre de 1822, decía en su art. 2.º: «Desde el primero de enero de 1823 quedan abolidos los diezmos; y las atenciones a que ellos eran destinados serán cubiertas por los fondos del Estado». (1)

La misma disposición adoptó la Confederación Argentina, en un decreto del 5 de enero de 1854, cuyo art. 1.º dice así: «Por ahora, y hasta el arreglo general de las rentas de la Confederación, se asigna para el sostén del culto la misma suma que a este objeto sufragaban los diezmos». (2)

Pero el Gobierno no se contentó con apoderarse de los diezmos, cuyo equivalente bastaba para cubrir el presupuesto de culto, según el decreto de la Confederación Argentina.

Fueron incautadas por el Estado las valiosas propiedades de la Iglesia, cuyas rentas bastarían hoy día para cubrir varias veces todo el presupuesto de culto.

Algunas de esas propiedades son todavía reconocidas por el Estado como eclesiásticas, puesto que paga censos mensuales por ellas. Pero ¡qué censos tan curiosos!

Véanse los datos que ha extractado el doctor Legón de la tesorería de la Curia. (3)

A la iglesia de la Merced, propietaria de toda la manzana en que ella está situada, le paga el Estado un censo mensual de pesos 14.50.

A la iglesia de San Ignacio, por los magníficos terrenos de la manzana en que están edificados el Colegio Nacional y la Universidad, paga el Estado mensualmente pesos 5,17.

A la iglesia del Pilar, por sus magníficas posesiones de la Recoleta, pesos 5,17.

A la iglesia de San Miguel, por el amplio solar en que está edificada la Asistencia Pública, sobre la calle Esmeralda, pesos 2.02.

Por los terrenos de la Chacarita, que son también bienes eclesiásticos, el Estado no paga un centavo a nadie.

No es esto exclusivo de la ciudad de Buenos Aires. El «*Boletín Eclesiástico de la diócesis de La Plata*», en el resumen histórico del Santuario de Luján, publicado el 2 de octubre de 1924, decía: «1822.—Con fecha 1.º de julio, Rivadavia, mal aconsejado, decreta la incautación de los bienes del Santuario, con lo que éste presenta pronto un aspecto ruinoso, por falta de medios de conservación y reparación».

(1) Legón, 1. c., pág. 285.

(2) Legón, 1. c., pág. 585.

(3) Legón, 1. c., pág. 585, nota.

¿Qué renta producen al Estado solamente los bienes eclesiásticos que usurpó en esta ciudad? ¿Cuántos millones han reeditado la Recoleta y la Chacarita, sin contar la manzana de la Merced ni las demás posesiones eclesiásticas?

La Iglesia no tendría dificultad en renunciar desde hoy mismo a todo el presupuesto del culto, si el Estado le devolviera solamente sus posesiones de la Capital Federal, olvidando los diezmos y demás entradas, que se regalarían generosamente al diligente Patrono que hasta ahora le ha administrado sus bienes. Que descanse ya el Patrono de la Iglesia. Bastante se ha desvelado en cobrar sus rentas. ¿Cuándo le tocará el turno a la Iglesia? ¿Tendrá que esperar otros 102 años, hasta que dejen de protegerla?

En esas condiciones, cualquiera se ofrecería a ejercer el Patronato sobre los estancieros y propietarios de la Argentina. Sería un lindo negocio. El generoso Patrono cobraría millones y millones; pagaría unos centavos mensuales a los propietarios; se metería a gobernarles la casa y a nombrarles los sirvientes, en virtud de su Patronato; y, por contera, les pediría que le diesen las gracias.

X

EL PATRONATO NO ES UN ATRIBUTO NATURAL DE LA SOBERANÍA NACIONAL

Dice el doctor Joaquín V. González: «Según los principios de la Constitución, la soberanía reside originariamente en el pueblo, para que nadie pueda ni dictar leyes, ni gobernar dentro de ella, ni fundar autoridad alguna que no esté por ella misma creada, reconocida u ordenada en su Constitución, o en los tratados y leyes sancionados en su cumplimiento. En tal sentido, el Patronato es un poder inherente al Gobierno de la Nación Argentina». (1)

Véase la refutación extensa de este error en la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, año VI, pág. 563 y sigs.

Baste notar que en él se contiene la médula del cesarismo más absoluto. Según la mente del doctor González, no existe ninguna autoridad espiritual, si no la crea, reconoce u ordena la Constitución; ninguna autoridad espiritual puede gobernar dentro de ella, ni dictar leyes espirituales para sus feligreses, si no le place al Gobierno de la nación. El jefe del Gobierno Argentino es Pontífice Máximo, como Nerón y Calígula. Sólo por ser jefe del Estado, puede nombrar los

(1) JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *Manual de la Constitución Argentina*, ed. 10.^a, pág. 145.

obispos, pastores, rabinos o popes de todas las religiones; suprimir o permitir sus preceptos religiosos; determinar qué rabino o qué pastor tiene verdadera autoridad espiritual; y hacer otras muchas cosas raras y nunca vistas.

A nadie se le ha ocurrido, sin embargo, aplicar estas extravagancias a los rabinos, pastores, grandes orientes y popes. La teoría está fabricada exclusivamente para los católicos. Ellos son los únicos que no merecen libertad religiosa.

Sin embargo, Jesucristo, sin pedir permiso al emperador Tiberio, y sin esperar que Poncio Pilato le presentase los candidatos, eligió libremente a sus Apóstoles, y los envió a todo el mundo diciéndoles: *«A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, e instruid a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que yo os he mandado.»* (San Mateo, XXVIII, 18-20).

Jesucristo no exceptuó a la República Argentina, que es evidentemente uno de los pueblos de la tierra.

Inmediatamente después de Pentecostés, las autoridades del pueblo judío, prohibieron la predicación de los Apóstoles, cuya autoridad no había sido *«creada, conocida u ordenada»* por el Gobierno. Sin embargo los Apóstoles siguieron predicando, y dirigían a Dios esta valiente oración: *«Señor, pon los ojos en sus amenazas, y concede a tus siervos que prediquen con toda libertad tu palabra.»* (Hechos de los Apóstoles, IV, 29).

Las autoridades encarcelan a los Apóstoles; pero un Angel les abre las puertas de la cárcel, e inmediatamente vuelven a predicar en el mismo sitio. (V., 18, 19).

Vuelven a prenderlos, y ellos dicen a las autoridades con santa altivez: *«Es necesario obedecer a Dios, antes que a los hombres».* (V, 20).

Son azotados; y, después de recibir los azotes, van derechos a predicar en el mismo lugar de siempre. (V, 40-42).

Pero vengamos al Patronato. Si es atributo de la soberanía, lo tienen todas las naciones del mundo, porque todas tienen tanta soberanía como la Argentina. Por consiguiente, Tiberio y Nerón eran los Patronos de los Apóstoles. ¿Por qué nombraban éstos a los Obispos, sin pedir candidatos a los Patronos? Eran usurpadores de la soberanía nacional del imperio romano.

Hoy día gozan del derecho de Patronato, según la teoría del doctor González, el emperador pagano del Japón, el rey protestante de Inglaterra, los mandones hotentotes de Africa y el sultán de Marruecos.

Es mucho Patronato. ¿Cree sinceramente que Jesucristo dejó en manos de esa gente la designación de los jefes de la Iglesia? Me parece que no. Entonces tampoco la entregó a la soberanía del Estado Argentino, que es igual a todas las soberanías del mundo.

XI

EL PATRONATO NO ES UN DERECHO DE LOS REPRESENTANTES DE LAS NACIONES CATOLICAS

Si el derecho de Patronato no es un atributo de la soberanía, como hemos demostrado, tiene que ser una concesión hecha por Jesucristo o por la Iglesia a los representantes de las naciones católicas.

Ya hemos visto que la Iglesia no ha concedido el Patronato a la Argentina.

¿Será entonces Jesucristo el que se lo ha concedido? Indiquen los defensores del Patronato dónde está la concesión.

Jesucristo dijo a San Pedro que la Iglesia estaba edificada sobre su autoridad, y que esta autoridad era independiente y suprema, en las cosas eclesiásticas: «*Todo lo que tú atares en la tierra será atado en los ciclos*». (Evangelio de San Mateo, XVI, 19).

Si San Pedro dependiera de la autoridad civil en el nombramiento de los jefes de la Iglesia, no tendría autoridad independiente y suprema en ella.

Si la Argentina dependiera del Patronato de los Estados Unidos en el nombramiento de sus gobernadores, ministros y jefes militares, la autoridad de la Argentina no sería independiente y suprema. Sería esclava de los Estados Unidos.

Y sería esclava de los Estados Unidos, aunque los Estados Unidos pagasen un miserable sueldo a las autoridades argentinas; sobre todo si este sueldo fuese además debido por otros títulos, incluso el de restitución.

Si una nación es en gran parte católica, y considera a la religión como un bien público, que favorece la moralidad, paz y bienestar común, debe favorecer a la Iglesia Católica, sin llegar por eso a esclavizarla y a menoscabar su dignidad.

Ser *católico* significa ser *súbdito* de la Iglesia católica en las cosas eclesiásticas; y el ser súbdito de la Iglesia Católica en las cosas eclesiásticas no es título para pretender dominar a la Iglesia en las cosas eclesiásticas.

El Sr. Presidente de la Nación Argentina, por mandato de la Constitución, tiene que ser católico: y por consiguiente, se aplican

también a él aquellas palabras de Jesucristo: «*Si no oyere a la Iglesia, sea para tí como un gentil y publicano*». (Evangelio de San Mateo, XVIII, 17).

XII

PUEDE EL PAPA CONCEDER A LOS GOBIERNOS CATOLICOS EL PATRONATO ECLESIASTICO, CUANDO LO JUZGUE CONVENIENTE PARA LA IGLESIA

En efecto: ningún precepto de Jesucristo limita en este punto la amplísima potestad que dió a San Pedro y a sus sucesores.

Si el Papa ve que, por ciertas circunstancias especiales, no es peligroso para la Iglesia conceder a ciertos Gobiernos católicos, merecedores de toda confianza, la facultad de presentarle los candidatos para las dignidades eclesiásticas, puede hacerlo.

Dieron ejemplo de ello los mismos Apóstoles en algunos casos parecidos, aunque en la mayor parte de los casos obraron con entera independencia.

Cuando se trató de elegir sucesor para Judas, San Pedro pidió a los otros diez Apóstoles, y a 120 hombres que estaban en oración en el Cenáculo, que presentasen de común acuerdo dos candidatos. Los dos candidatos fueron José el Justo y Matías. La elección recayó en Matías, por medio de un sorteo entre los dos candidatos. (Hechos de los Apóstoles, I).

San Pedro obró muy prudentemente, porque los hombres a quienes pidió candidatos eran de toda confianza.

Más tarde, los doce Apóstoles determinaron desentenderse de la administración temporal de los bienes comunes con que se sustentaban los fieles de Jerusalén; y determinaron entregar esta administración a siete diáconos.

Entonces, con un acto de deferencia y de amorosa consideración, pidieron los doce a la comunidad que les presentasen los siete candidatos que juzgasen más aptos para aquel oficio.

Seleccionados los candidatos, «*pusieron a éstos en presencia de los Apóstoles, y orando, pusieron las manos sobre ellos*». (Hechos de los Apóstoles, VI).

Bien puede, pues, hacer el Papa lo que hicieron en estos dos casos los Apóstoles, si tiene razones parecidas a las que ellos tenían, y encuentra gobernantes tan fervorosos como los primeros cristianos de Jerusalén.

Pero este procedimiento no es obligatorio: porque en el resto de los casos, al tratarse de nombrar los Obispos que habían de regir

las cristiandades fundadas por ellos, prescindieron de la presentación de candidatos.

San Pablo recuerda expresamente a San Timoteo que le elevó al episcopado por haber tenido inspiraciones proféticas acerca de él, sin sombra de presentación alguna, a pesar de ser muy jovencito. (Carta I a Timoteo, IV, 12, 14 y I, 18).

El mismo San Pablo escribe a su discípulo Tito: *«Yo te dejé en Creta, para que arregles lo que falta, y establezcas presbíteros en las ciudades, como yo te lo he ordenado»*. (Carta a Tito, I, 5).

Llama «presbíteros», es decir, «ancianos» a los Obispos, según se acostumbraba antiguamente; porque a renglón seguido llama *obispos* a los mismos que antes llamó «presbíteros», diciendo: *«Porque es necesario que el obispo sea sin crimen, etc.»* (I, 7).

Síguese de aquí que no es necesaria ninguna presentación para nombrar Obispos; pero que hay circunstancias en que el Papa, sin faltar a la prudencia, puede conceder el derecho de presentación, como lo hicieron en dos casos los Apóstoles.

XIII

EL PAPA NO DEBE DELEGAR EN LOS GOBIERNOS LA FACULTAD DE JUZGAR ACERCA DE LA IDONEIDAD DE LOS CANDIDATOS PRESENTADOS

Ningún Gobierno es competente para juzgar la idoneidad de un candidato para Obispo. Porque las condiciones necesarias para ser Obispos no se reducen a la moral primaria de los Códigos Civiles y Penales, ni se compendian en la fórmula *«no robar ni matar»*, que puede satisfacer las exigencias de la mayor parte de los políticos.

Para ser Obispo se necesitan las siguientes cualidades que enumera el Apóstol San Pablo: *«Porque es necesario que el Obispo sea sin crimen, como que es el ecónomo de Dios; no soberbio, ni iracundo; no dado al vino, no violento, no codicioso de torpes ganancias; sino amigo de la hospitalidad, benigno, sobrio, justo, santo, continente, que abraza firme la palabra de fe, que es según la doctrina, para que pueda exhortar según sana doctrina, y convencer a los que contradicen»*. (Carta a Tito, I, 7, 8, 9).

Ahora bien: ¿no sería ridículo dejar en manos del Sr. Presidente, del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores o de los Sres. Senadores (que hasta podrán ser ateos) el derecho de juzgar la pureza de la fe del candidato, su sana doctrina teológica, su aptitud para dirigir las conciencias, su santidad, su continencia, su prudencia, su humil-

dad, su desinterés y todas las demás virtudes cristianas y episcopales?

No puede el Papa conceder facultad tan absurda. Pesa sobre él la responsabilidad que recuerda San Pablo a Timoteo, cuando le habla de la cautela con que ha de consagrar a los Obispos: «*No impongas de ligero las manos sobre alguno, ni te hagas participante de los pecados ajenos*». (Carta I a Timoteo, V, 22).

Por eso dice expresamente el Código de la Iglesia, tratando del juicio acerca de la idoneidad de los candidatos para Obispos: «*Pertenece únicamente a la Sede Apostólica juzgar si alguien es idóneo*». (Canon 331, 3.º).

XIV

COMO SE HACE EL PROCESO ACERCA DE LA IDONEIDAD DEL CANDIDATO PARA OBISPO

Aunque de ordinario se saben en Roma por muchos conductos las condiciones exteriores de los clérigos principales de todo el mundo, sin embargo, después que alguno de ellos ha sido presentado para Obispo, se verifica un proceso, que se llama «*de vita et moribus*» (de la vida y costumbres).

Una vez recibida en Roma la presentación del candidato, se nombra un prelado encargado de instruir el expediente «*de vita et moribus*» por sí mismo, sin facultad de delegar a nadie para ello.

El prelado instructor ha de llamar a testigos graves, prudentes, piadosos y doctos; les ha de pedir su testimonio, acerca de la vida y costumbres del candidato, en secreto y bajo juramento; después ha de transmitir a Roma estos testimonios jurados.

En Roma es estudiado el proceso por la Sagrada Congregación Consistorial; y, si se encuentra satisfactorio, el Cardenal-Relator declara al Papa que juzga idóneo al candidato «*bajo peligro de su salvación eterna y después de haber empleado para ello cuidadosa diligencia*» (sub periculo salutis aeternae, et adhibita accurata diligentia).

Si el proceso secreto no es satisfactorio, o hay en el candidato defectos insanables, no queda más remedio que avisar al Patrono que presente otro candidato.

Toda presentación, por su misma definición, es condicional; porque se sobreentiende la condición de que el candidato sea hallado idóneo.

Si el Patrono hiciese la presentación sin esta condición, cometería un acto ilegítimo y tiránico, usurpando al Papa el derecho de juzgar acerca de la idoneidad del presentado. El Patrono dejaría de ser Patrono, para convertirse en Pontífice.

XV

EL PATRONO CARECE DE DERECHO PARA PREGUNTAR LAS CAUSAS
DEL RECHAZO DE SU CANDIDATO

El proceso de «vita et moribus» no puede menos de ser secreto, tanto por la naturaleza de los asuntos íntimos sobre que versa, como por la buena fama del candidato, que podría quedar mal parada, si se publicasen sus defectos ocultos.

Ya vimos antes que, para ser Obispo, no basta la honradez del Código Penal: no es suficiente «no robar ni matar». Se necesitan todas las virtudes positivas que enumera San Pablo en el lugar antes mencionado, y otros requisitos señalados en el Código de la Iglesia.

Por esto la Iglesia tiene que adoptar la regla general de que este proceso sea enteramente secreto; porque está obligada a respetar la buena fama del candidato.

En estos procesos aparecen a veces defectos que no afectan la fama del candidato; pero ni aún entonces puede la Iglesia publicar el proceso. La razón es, porque los Patronos preguntarían siempre las razones por las cuales se había rechazado a su candidato; y, si en un caso se les manifestaban, por no ser infamantes, sacarían la consecuencia de que, cuando no se les manifestasen, eran infamantes. Y de esta manera quedaría de hecho infamado todo candidato cuyos defectos no se manifestasen.

Ahora, en cambio, nadie queda infamado, aunque no sea aceptado; porque, entre las causas posibles de la no aceptación, hay muchas que no son infamantes, y nadie sabe si ha sido rechazado por éstos o por otras.

Sería pues impropio la pretensión del Gobierno que quisiese averiguar las causas por las cuales ha sido rechazado su candidato.

Por eso el Código de la Iglesia, aun tratándose de presentaciones hechas, no ante el Papa, sino ante el simple Ordinario de cada diócesis, dispone lo siguiente: «*El Ordinario no está obligado a manifestar al Patrono las razones por las cuales no puede admitir a la persona presentada*». (Canon 1464).

XVI

QUE CONDUCTA OBSERVAN EN LAS PRESENTACIONES LAS NACIONES
QUE GOZAN DE LEGITIMO PATRONATO

La Santa Sede, a pesar de no reconocer la legitimidad del Patronato Argentino, ha rechazado hasta ahora muy pocos candidatos.

Pero, cuando rechazó los anteriores, como el Sr. Pera, que después apostató, no se produjeron los escándalos que han tenido lugar ahora.

No se crea, sin embargo, que la Santa Sede no desecha candidatos en las naciones que gozan de verdadero y legítimo Patronato.

Los ha excluído muchas veces. Ahí está, por ejemplo España, que goza de antiquísimo Patronato, reconocido por Concordatos bilaterales; y sin embargo ha visto rechazados más de una vez sus candidatos.

Por eso se ha adoptado en España un procedimiento muy prudente, que evita, desde hace tiempo, desaires y disgustos a los candidatos del Gobierno.

He aquí cómo describe la tramitación actual de España el diccionario Espasa, en el tomo 39, página 305: «*Al ocurrir una vacante, se avistan el Nuncio y el ministro de Gracia y Justicia, indicando éste el candidato y haciendo el Nuncio las observaciones que crea procedentes, informando de todo a la Santa Sede y repitiendo las entrevistas, caso de que haya dificultad, hasta llegar a un acuerdo; y sólo cuando la Santa Sede ha dado privadamente su aprobación, se publica la propuesta o nominación en la GACETA*».

Este procedimiento razonable y digno, ahorra muchos disgustos a todos, y especialmente a los candidatos.

Recientemente se ha introducido otra mejora en el funcionamiento del Patronato, según puede verse en el *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de La Plata*, correspondiente al 7 de Agosto de 1924. Su Majestad Católica ha delegado la parte más esencial del Patronato en una «*Junta delegada del Real Patronato Eclesiástico en España*», presidida por el Cardenal Arzobispo de Toledo y formada por tres Obispos, dos canónigos y un presbítero beneficiado, sin intervención de ningún seglar.

Es un acto doblemente laudable, por tratarse del monarca que goza del Patronato Real más antiguo y extenso del mundo.

XVII

LA ACTITUD DEL GOBIERNO ARGENTINO EN LAS PRESENTES CIRCUNSTANCIAS, ES ANTICONSTITUCIONAL Y ARBITRARIA

Quiero suponer gratuitamente que existe verdadero Patronato en la Argentina, y que así lo ha reconocido la Santa Sede en solemne pacto bilateral.

De hecho, la Santa Sede ha obrado de la misma manera que obraría, si existiera tal Patronato indiscutible.

Porque aún en este caso, no habría más derecho que el de presentación, y este derecho lo ha ejercitado el Gobierno Argentino en toda su plenitud.

¿Es que ha sido rechazado un candidato? Esa eventualidad está contenida en la definición misma de la presentación. Si el Papa no pudiera rechazar ningún candidato, el Gobierno tendría algo más que el derecho de presentación: podría juzgar de la idoneidad del candidato, de su doctrina, de sus virtudes sacerdotales, de su aptitud para el gobierno de las conciencias. El Gobierno sería Pontífice Máximo, superior al sucesor de San Pedro.

¿Qué ley o qué artículo de la Constitución le da atribuciones pontificales?

La Constitución Argentina dice únicamente que el Presidente de la Nación Argentina *«ejerce los derechos del Patronato nacional en la presentación de Obispos para las iglesias catedrales, a propuesta en terna del Senado»*. (Art. 86, inciso 8.º).

Por consiguiente, lo único que puede hacer el Sr. Presidente es *presentar*. Después de la presentación, tiene que esperar el *proceso canónico* a que se somete la idoneidad del candidato. Si en este proceso aparece algún inconveniente, previsto o no previsto de antemano, y el Papa declara que el candidato no es idóneo, al presentante le queda el recurso de hacer una nueva presentación.

Con esto no queda lesionado el derecho del presentante. Si con ello quedase lesionado el derecho del presentante, ya no sería presentante, sino Pontífice que confiere un cargo espiritual.

Esto es contrario a la Constitución, que no autoriza más que la *presentación*.

Todos los actos del Gobierno que pasen de los límites de la presentación, son ilegales y arbitrarios. Se explicarían en los tiempos de Rosas, pero nunca se justificarían.

XVIII

NADA PRUEBAN LOS ERRORES DE ALGUNOS CLERIGOS REGALISTAS SOBRE EL PATRONATO ARGENTINO

Los católicos tenemos obligación de sostener la doctrina oficial de la Iglesia; pero no lo que enseña cualquier clérigo, en oposición con la Iglesia.

La Iglesia no es responsable de lo que enseña cualquier clérigo, sino de lo que enseña ella misma.

Precisamente casi todos los jefes y cabecillas de las sectas heréticas han sido clérigos, que se rebelaban contra la doctrina de la Iglesia.

Clérigo fué Arrio, clérigo Nestorio, clérigo Eutiques, clérigo Pelagio, clérigo Lutero, clérigo Calvino, clérigos otros innumerables herejes de todos los tiempos.

No es extraño que haya habido en la Argentina algunos clérigos que, de buena fe o mala fe, hayan enseñado errores regalistas.

Pero han sido muchos más, incomparablemente más, los clérigos respetables que han combatido el regalismo. Y éstos son los que están en el camino recto, porque son los que están con el sucesor de San Pedro, cabeza de la Iglesia y Vicario de Cristo.

No era regalista el ilustre clérigo argentino *Castro Barros*, una de las principales figuras del Congreso de Tucumán, y varón de vasta cultura.

Defendió gallardamente en 1834 la independencia del régimen espiritual y de la jurisdicción eclesiástica, proclamando que esta independencia era más interesante y necesaria para la religión que todos los auxilios de la tierra; recordó que el Papa León XII no reconocía el derecho de Patronato a los nuevos gobiernos de América, por ser un privilegio personal de los reyes de España; y luego, con el derecho que le daba, para hablar de independencias, su intervención en Tucumán, exclamó: *«Nuestra gloriosa revolución, que ha libertado a nuestra patria América del yugo español, debe igualmente libertar a nuestra Iglesia americana del dogal del Patronato»* (1).

Coincidía en esto con aquella gran figura patricia, que se llamó Félix Frías; el cual pronunció, entre sus grandes sentencias, esta frase lapidaria: *«Todo se ha emancipado en la América del Sud, menos la Iglesia»* (2).

El más ilustre de los jurisconsultos argentinos, D. Dalmacio Vélez Sársfield, indica los fundamentos que sirven de base a estas nobles aspiraciones de libertad: *«La experiencia nos muestra que los motivos o consideraciones más viles y profanas son las que dirigen a los gobiernos en la provisión de los beneficios eclesiásticos. El clero se ve dependiente del gobierno, olvida sus deberes, etc., etc... Los Gobiernos convierten en sus intereses propios todas las instituciones eclesiásticas, y la Iglesia no ha hallado sino un protector infiel en el*

(1) *Legón* 1. c., pág. 281.

(2) *Legón*, 1. c., pág. 290.

brazo poderoso que buscó o que aceptó para propagar sus doctrinas (1).

La misma opinión sostuvo Vélez Sársfield en el seno de la Convención de Buenos Aires, en 1860, exclamando: «*La Iglesia católica, señores, es más esclava en Buenos Aires que la Iglesia griega bajo el papado del segundo emperador de Rusia*» (2).

Se equivocan los que ven en el clérigo regalista D. Gregorio Funes el prototipo del clérigo argentino. Pocos clérigos argentinos quisieran verse retratados con los rasgos con que pinta al Deán Funes el Director de la Biblioteca Nacional, D. Pablo Groussac, citado por el Dr. Legón: «*Sin que signifique aceptarlo en toda su crudeza agresiva, sino sólo para ilustrar lo insinuado en el texto, recordemos el juicio que ha mercedo Funes del severo Groussac. Entre sus pasiones destaca como dominando la vanidad y la ambición; desde que volvió a su patria bachiller de Alcalá y provisto de una canongía, compartió su vida entre borrajear y pretender; y sus pretensiones giraban en el círculo de las prebendas y dignidades eclesiásticas.—«Mantenía a dos agentes en Madrid, ocupados... sobre todo en mover ante los consejos peninsulares sus instancias y candidaturas. Conseguido el deanato, constituyóse en pretendiente perpetuo a todos los obispados vacantes de América y hasta de Filipinas. Fué el Tántalo de la mitra, gastando en untos y propinas la renta del obispado que no logró jamás».* (PAUL GROUSSAC, *Santiago de Liniers*, Buenos Aires, 1907, pág. 376. ...El caso es que cuando ya no pudo esperar nada de los gobiernos patrios, acudió a Bolívar su solicitud de prebendas» (3).

Se explica que el Deán Funes y los clérigos de sus tendencias fuesen regalistas y aduladores del poder civil; pero es soberanamente injusto ver en él al representante del espíritu genuino del Clero Nacional.

XIX

REGLA PARA PROBAR LOS ESPIRITUS

Hemos llegado a tiempos de gran confusión en las ideas y lamentable desorientación en las tendencias, aún dentro del campo católico y en ciertos sectores del Clero.

Son, por desgracia, de palpitante actualidad aquellas palabras del

(1) Legón, 1. c., pág. 286.

(2) Legón, 1. c., pág. 287.

(3) Legón, 1. c., pág. 297 y 298.

Apóstol San Juan: *«Carísimos, no queráis creer a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo»*. (Carta I de San Juan, IV, 1).

La regla fundamental del espíritu católico se puede encerrar en estas palabras: *«Amor, obediencia y respeto a la Iglesia y al Papa»*.

Porque, como decía muy bien San Cipriano, *«no puede tener a Dios por Padre el que no tiene a la Iglesia por Madre»*; y, como añade un axioma profundísimo, *«donde está Pedro, allí está la Iglesia»*.

Los que no están con Pedro, es decir, los que muestran hostilidad al Papa, *no están con la Iglesia*; porque según las palabras de Jesucristo, *sobre esta piedra está edificada la Iglesia*.

El Papa es maestro infalible y gobernante falible. Pero su falibilidad en los actos de gobierno de ninguna manera nos excusa de obedecerle, si lo que ordena no es malo en sí mismo.

De lo contrario, iríamos a parar en la más absoluta anarquía. Porque también son falibles, y mucho más falibles, los padres de familia, los presidentes y ministros, los legisladores, los jueces y todas las autoridades del mundo. Por consiguiente, nadie tendría obligación de obedecer a nadie.

Es verdad que debemos creer lo que el Papa enseña como maestro infalible; pero también es cierto que debemos someternos a lo que el Papa ordena, como Pastor de la Iglesia.

Somos discípulos de Pedro; pero también somos ovejas de su grey.

Hasta en los casos dudosos, debemos inclinarnos resueltamente hacia donde está el Papa; pues así, aunque por casualidad nos equivocásemos, en aquellas cosas en que el Papa no es infalible, tendríamos esta magnífica excusa ante el tribunal de Dios: *«Señor, me equivoqué; pero me equivoqué en compañía de Pedro, que es Vicario tuyo y Jefe mío»*.

XX

EL ESPIRITU CISMATICO

He tenido la desgracia de tropezar con un católico, que actúa con algún prestigio en el apostolado exclusivamente económico, y que, a pesar de su aparente catolicismo, se desata en impropiedades contra el Papa. He aquí, en resumen, algunas de las palabras que me ha dicho, en presencia de otro sacerdote: *«Soy católico, y católico militante; pero también soy argentino y republicano. Y, como argentino y republicano, debo rechazar la ingerencia del Papa en asuntos exclusivamente argentinos, como la designación del Arzobispo de Bue-*

nos Aires. En la República Argentina manda el pueblo, y sólo el pueblo. El día que haya un cisma, yo seré el primer cismático.

Ahí está retratado el espíritu cismático, cuyos chispazos se ven brillar siniestramente por diversos puntos del horizonte hipernacionalista y patriotero.

Hay que estar prevenido contra su contagio.

Vale, pues, la pena de estudiar el proceso que suelen seguir los católicos que se apartan de Pedro.

Fijémonos en el espíritu del *primer traidor* que tuvo la Iglesia, en el del *primer hereje*, en el del *primer libertino*, y en el del *primer cismático*.

Son los cuatro espíritus contrarios al espíritu de Pedro.

El *primer traidor* fué Judas, a quien el amor al dinero arrastró hasta el crimen de vender a su Divino Maestro. Cuando María ungió los pies de su Maestro con un ungüento precioso, el espíritu económico de Judas calculó inmediatamente lo que valía aquel ungüento, y dijo: *¿Por qué no se ha vendido este ungüento, por trescientos denarios, y se ha dado a los pobres?»* (1). He ahí un apostolado exclusivamente económico, que menosprecia la piedad de María.

Sin embargo, no era oro todo lo que relucía; porque añade el Evangelio: *«Dijo esto, no porque él cuidase de los pobres, sino porque era ratero, y teniendo la bolsa, llevaba el dinero que se echaba en ella»*.

Pedro, en cambio, no tenía espíritu tan económico; pero lo suplía ventajosamente con el espíritu de amor fervoroso hacia su Maestro. Por eso fué tan distinto el rumbo que siguieron.

El *primer hereje* fué Simón Mago, que pretendió sobornar a San Pedro, para que le vendiese la potestad de confirmar, dando visiblemente a los fieles el Espíritu Santo. Quería lucirse ante el pueblo, haciendo prodigios superiores a los que podían hacerse con la magia ordinaria. Rechazado enérgicamente por San Pedro, fundó la primera herejía, y se dedicó a llamar la atención por diversas naciones, haciendo prodigios aparentes con el auxilio del demonio.

El espíritu de Simón era espíritu de vanidad; el espíritu de Pedro era espíritu de humildad.

(1) San Juan, XII.

El *primer libertino* sistemático fué el fundador de la secta de los Nicolaítas, de quienes habla ya el Evangelista San Juan en su Apocalipsis (II, 6 y 15), cuando dice al Obispo de Efeso, de parte de Jesucristo: «*Tienes esto (de bueno) que aborreces los hechos de los Nicolaítas, que yo también aborrezco*».

Estos Nicolaítas, fundándose, según unos historiadores, con razón, y según otros, sin razón, en los ejemplos de Nicolao, uno de los siete diáconos, ordenados por San Pedro y los Apóstoles, para administrar los bienes comunes, enseñaban que no eran obligatorios el 6.º y 9.º mandamiento de la Ley de Dios, mirando la castidad como un lujo innecesario.

Lo cierto es que eran discípulos de Simón Mago y enemigos de San Pedro. Lo cual es perfectamente natural; porque, así como la vanidad lleva a la herejía, así la herejía lleva al libertinaje sistemático, en mayor o menor grado. Así se nota que los herejes, aunque sean frailes profesos, como Lutero, lo primero que suprimen es el celibato eclesiástico. Se advierte la misma tendencia en los cismáticos, que se alejan de Pedro, para establecer rebaño aparte, en los bordes de la herejía. Las iglesias cismáticas suprimen el celibato eclesiástico para los sacerdotes.

El espíritu Nicolaíta es espíritu de libertad animal; el espíritu de Pedro es espíritu de amor sobrenatural y castidad perfecta.

El *primer gran cismático* fué el hipócrita y falso Patriarca Focio, cuyos hechos arrojan viva luz sobre las intrigas a que, en todos los tiempos, acudieron los enemigos de Pedro, para combatir con la fuerza de los poderes civiles la autoridad del Papa y las leyes de la Iglesia.

Sucedió que San Ignacio, Patriarca de Constantinopla, negó el día de Reyes la comunión al ministro Bardas, tío del emperador Miguel III el Beodo, por haber cometido públicamente un feísimo crimen de incesto.

Este acto de justicia atrajo sobre San Ignacio el odio de Miguel el Beodo y de su desairado ministro, los cuales acabaron por desterrarle, como a sedicioso y enemigo de las instituciones políticas.

En su lugar fué puesto el cortesano Focio, hombre erudito, solapado, intrigante y servil, que en seis días subió de seglar a Patriarca.

En seguida el astuto Focio escribió al Papa Nicolás I una carta muy meditada, en que hizo su profesión de fe católica, estampó el

embuste de que había renunciado Ignacio, dió a entender con palabras hipócritas que «*contra su propia voluntad, se había visto precisado a aceptar el cargo de pastor supremo, cuya sublimidad le infundía pavor y respeto, y terminó pidiendo al Papa que ofreciese sus santas oraciones, a fin de que llevase la pesada carga para bien y salud de los fieles*» (1).

Estas artimañas de Focio no lograron disipar las dudas del Papa, el cual envió dos legados a Constantinopla, para enterarse mejor del asunto. El intrigante Focio, parte con embustes y parte con amenazas, ganó la complicidad de los legados.

Entonces, apoyado por el emperador, reunió en Constantinopla, de grado o por fuerza, a 318 obispos orientales, obligó a Ignacio a presentarse ante aquella asamblea, y le exigió que renunciase a la sede de Constantinopla, para que fuese verdad lo que falsamente había escrito al Papa el mismo Focio.

Ignacio no quiso renunciar ante el usurpador, y contestó: «*Apelo al Papa, y aceptaré gustoso su sentencia*».

Entonces Focio y sus amigos, resueltamente apoyados por el gobierno, declararon depuesto a Ignacio, lo degradaron solemnemente, y se disponían a sacarle los ojos, cuando logró escapar.

Teognosto, superior de un convento de Constantinopla, informó al Papa de lo que habían hecho Focio y el Gobierno. El Papa reunió un Concilio, anuló las actas del sínodo de Constantinopla, fulminó el entredicho contra Focio y sus cómplices, y declaró que Ignacio era el verdadero y legítimo Patriarca.

Focio, sintiéndose apoyado por el gobierno, permaneció en su sede y persiguió a sus opositores.

Por este tiempo se convirtieron al catolicismo los búlgaros; y su rey Bogoris pidió al Papa que le enviara misioneros. El Papa se los envió. Entonces Focio aprovechó la excelente ocasión que se le presentaba para mezclar el nacionalismo en la cuestión de su ambición personal.

El rey Bogoris, viendo que los misioneros enviados por el Papa eran mejores que los griegos, se desprendió de ellos y pidió más de aquéllos al Papa.

Focio, apoyado en este hecho y en otros cargos semejantes, protestó contra el Papa, reunió un concilio de obispos orientales en Constantinopla, pronunció sentencia de excomunión y deposición con-

(1) HERGENROETHER, *Historia de la Iglesia*, Madrid, 1885, tomo 3, pág. 313.

tra el Papa, y tuvo la audacia de añadir un millar de firmas falsas a las 21 que logró reunir entre sus amigos, para autorizar la inicua sentencia.

En esto sobrevino un cambio de gobierno.

Basilio el Macedonio asesinó a Miguel III el Beodo, que había sido el gran favorecedor de Focio; y Focio, dando pruebas de lo sincera que era su amistad con el desgraciado Miguel, al día siguiente del asesinato, dió la comunión al asesino Basilio, que había escalado el poder.

Basilio tuvo la hombría de enviar en seguida al destierro al servil Focio.

Pero Focio era fecundo en recursos, y no se desanimó por eso. Desde su destierro siguió tejiendo hábiles intrigas, para volver a Constantinopla. Envió al emperador Basilio una genealogía de su invención en que aparecía el improvisado emperador como noble de ilustre abolengo, pues descendía nada menos que de Tiridates, primer rey cristiano de Armenia.

Basilio cayó en el lazo, y llamó a Focio, para que le diese más explicaciones sobre su genealogía. Es lo que Focio pretendía. Una vez en Constantinopla, siguió intrigando, y logró hacerse simpático a Basilio; el cual, a la muerte de Ignacio, volvió a sentarle en la sede de Constantinopla.

Comienza entonces una serie de nuevas intrigas, para lograr la aprobación del Papa, que termina por excomulgar solemnemente a Focio (1).

Pero nos bastan estos datos para estudiar el espíritu de Focio. Es el espíritu de ambición y de oposición al sucesor de San Pedro, buscando puntos de apoyo en el poder civil y en el nacionalismo mal entendido.

Estemos alerta, para no dejarnos arrastrar por estos cuatro espíritus malignos.

ZACARÍAS DE VIZCARRA, PBRO.

(1) Focio, para justificarse, llegó a falsificar documentos y cartas del Papa, con gran éxito; y un Obispo de su camarilla elogió pomposamente, ante un solemne sínodo, sus incomparables virtudes, que le habían granjeado, como a Jesucristo, el odio de sus enemigos. (V. HERGENROETHER, l. c., pág. 312).—FLEURY retrataba así el carácter de Focio: *«Era el hombre más sabio de su siglo, y también el más cabal hipócrita; hablaba como un santo, y obraba como un malvado.»*